

DON MIGUEL CAMINA

En 1965 se cumplieron cien años de su nacimiento. Es don Miguel en los tercios del siglo, en la primera faena de la gloria. De su nacer, decía él, para oponerlo a su desnacer que pasó, esta vez, olvidado.

¿Se aleja Unamuno, o envejece? Ni se aleja, ni envejece, es el más vivo de los escritores del 98. Con Baroja, el más alerta; el más pugnaz, todavía. El escritor que vive en guerra, y muere sin ella. Cuando nadie lo discute es el escritor muerto; aún vivo. Alrededor de Unamuno, y de Baroja, persiste la contienda permanente.

Por lo secos y amargos sobreviven Unamuno y Baroja. Escriben en piedra, y la piedra es material que perdura; duros, angulosos, esquinados. Agudos. Hay escritores agudos y escritores redondos, como decían Ganivet y Unamuno de las ideas; las ideas redondas, las ideas picudas. Los agudos se clavan, se quedan; los redondos ruedan. Y Unamuno es el escritor con filo. Y se conserva en su amargura, como el cuerpo del náufrago en la sal marina.

Presentes Unamuno y Baroja. Cada vez más ausentes Valle-Inclán, Benavente; y perdió mucho de Ortega, tan escritor del año 20; tan deshumanizado; tan "mondain" circunstancial, a veces. Y lejano Azorín, ya sobre el siglo, entre vivo y muerto. Unamuno habla, discute, gesticula, vivo y maldiciente; en la literatura española, en la literatura universal. Es actual, actualísimo; su inconformidad de hace años sirve todavía contra la inconformidad de ahora. Permanente Unamuno. Lo permanente es lo clásico.

Y está —otro signo de vida— asediado de interrogantes. ¿Estuvo Unamuno con la república, o estuvo con la reacción? No estuvo "con" sino "contra": la violencia, la sangre, la crueldad, la guerra inútil. De un lado y otro. Contra los paredones del amanecer en el Madrid rojo, y contra las ejecuciones en masa del falangismo; contra el "muera quien vive" de los alzados; contra eso y aquello. Contradictorio, irascible Unamuno; "nada menos que todo un hombre", como en su teatro. Defiende el deber elemental del escritor; estar siempre contra lo que lo rodea, contra lo que tiene por delante. Y cumplir la obligación de contradecir, que es el mandamiento diario para el escritor. Ni con los unos, ni con los otros. Solo él mismo, en el sitio de su desdén, en el pico de su cólera; así vivió, y sobrevivió, don Miguel de Unamuno.

Venía de muy atrás esa situación suya en la literatura y en la política. Porque Unamuno no fue un escritor de torre de papel sino un escritor comprometido. Comprometido con el lugar común de la "libertad del

escritor". Alienado contra lo que él llamó antes, casi en su primer libro, "la disciplina ordenancista de los partidos políticos". Profunda, entrañablemente, comprometido con la política. Que es cosa muy distinta de las facciones políticas. Lo que Unamuno llamaba su "metapolítica".

Pero aquí brinca como una liebre el interrogante; y distrae la puntería del escritor; ¿es que se puede decir algo nuevo sobre Unamuno? El centenario de 1964 agotó las posibilidades de interpretación, y de verificación, del sitio de Unamuno en la literatura universal. Queda, por lo menos, mucho de anécdota. Que no es poco. Sobre todo, en su vida política. El 26 de septiembre de 1936 protestó Unamuno contra los hechos sangrientos de lo que se ha convenido en llamar el "Madrid rojo" bajo el gobierno sitiado de la república. Y habló de "la defensa de la civilización occidental, la civilización que ha construido a Europa contra la destructora ideología oriental". Y protestó "ante el mundo civilizado por los hechos de crueldad —asesinos de civiles y sacerdotes— y destrucción materia inútil" realizados por "fuerzas directamente controladas, o que debían estar controladas, por el gobierno "de jure" reconocido universalmente". La postura unamunesca contra la república, iniciada meses antes con los artículos, recogidos años después, en México, en la "ciudad de Henoc". La postura contra "eso". A la que sucedió tiempo después la postura contra "aquello": su discurso en la Universidad de Salamanca ante la provocación de los falangistas y el grito bárbaro de Millán Astray. "A veces, dijo esta vez Unamuno, callar es mentir. Acabo de escuchar el grito insensato y necrófago "viva la muerte" del general Millán Astray, para mí es un "muera la vida". El general Millán Astray es un inválido: digámoslo sin ligereza: un mutilado de guerra, como Cervantes. Pero un mutilado que no tiene —está a la vista— la grandeza espiritual de Cervantes, y que quiere convertir a España en una nación de inválidos, una nación mutilada". Y después: "lo importante no es vencer sino convencer", que se convirtió en el grito de todos los perseguidos del mundo. Y que Unamuno lanzó el 12 de octubre de 1936, un mes después de su protesta contra el gobierno de la república, ante el aparato insurgente de funcionarios, generales, obispos y falangistas reunidos en Salamanca para celebrar la fiesta de la raza. Las dos posturas de Unamuno, las dos actitudes —la única actitud— del escritor, ante la violencia. Otra paradoja, la gran paradoja, la trágica y desgarrada paradoja de la vida y la muerte de don Miguel de Unamuno. Al día siguiente, como un personaje de sus novelas, Unamuno se acostó a morir. Sitiado, en su soledad, por la policía secreta. No escribe ya; lee, maldice, y se muere de tristeza. La raya de Portugal no está lejos; Unamuno no huye.

A muchos años de su muerte hay que recordar el poema de Machado:

"Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura
sin miedo de la lengua que malsina".

Está liquidada la historia de espadones y demagogos. Don Miguel camina todavía.

JOSE UMAÑA BERNAL